

## La persona y la 'personalidad' de Jesús

Jesús es la personificación de la libertad, de la nobleza, del equilibrio y, sobre todo, del Amor. Revela, en todo su comportamiento, una excepcional riqueza afectiva. Es, en definitiva, el Hombre enteramente libre y enteramente para los demás.



Desde Jesús, se relativizan todas las demás ejemplaridades.

Incluso las ejemplaridades de los más grandes santos y de los propios Fundadores. Sólo Jesús convence del todo y para siempre. Y, unida indisolublemente a él y a él subordinada, María?Virgen. Todos los demás son simples condiscípulos en la única escuela del único Maestro, que es Jesús. Y nos sirven sólo en la medida en que nos reflejan a Cristo, porque se han configurado con él. Nunca pueden suplantar al modelo original, ni tampoco lo han pretendido nunca. Sólo han querido remitirnos a él, como una flecha en el aire que apunta y que lleva hacia Jesús. Su ejemplaridad hay que contrastarla siempre con la del Maestro. Y prescindir de sus numerosas limitaciones y condicionamientos que obligan a relativizar esa misma ejemplaridad. Tenemos, pues, que fijarnos en ellos, pero sin detener en ellos nuestra mirada y atención.

San Juan de la Cruz daba este saludable aviso: "Nunca tomes por ejemplo al hombre en lo que hubieres de hacer, por santo que sea, porque te pondrá el demonio delante sus imperfecciones; sino imita a Cristo, que es sumamente perfecto y sumamente santo, y nunca errarás"<sup>1</sup>.

Jesús arrastra, cautiva y convence. Tiene un gran poder de atracción. Porque une en sí maravillosamente el vigor y la ternura, la energía más viril y la más extremada delicadeza. Posee una lucidez mental que sobrecoge y, al mismo tiempo, una insobornable libertad frente a todos y frente a

todo. Nada le arredra. Pero tampoco es un temerario. Sabe lo que quiere y lo quiere de verdad. Es capaz de sentir miedo, temor, tristeza e incluso angustia mortal. Y, sin embargo, es inaccesible al desaliento. Posee un equilibrio sorprendente. Sin exaltaciones y sin abatimientos. Aun en los momentos más decisivos de la prueba, saca fuerzas de flaqueza para reaccionar con energía, siempre en fidelidad amorosa a la voluntad del Padre. Sabe conmovirse y llorar. Es profundamente humano. Mucho más humano que Juan el Bautista, por ejemplo. No conoce la insensibilidad ni la apatía; y, menos todavía, la frialdad. Es perfectamente Hombre y Hombre perfecto. Todas las páginas del Evangelio son un grito que proclama su humanidad y su humanismo.

Jesús -tan finamente sensible y delicado y tan excepcionalmente amable- tiene un extraordinario coraje. Sabe incluso indignarse cuando es necesario. Mantiene una viva polémica con los jefes religiosos de Israel, condenando abiertamente sus actitudes y su hipocresía, y se atreve a llamarles "raza de víboras" y "sepulcros blanqueados". Dice la verdad sin miramientos. Es intrépido y valeroso. Sube hacia Jerusalén, muy consciente de lo que en Jerusalén le espera, y lo hace con paso tan decidido que los apóstoles apenas pueden seguirle<sup>2</sup>. Lo único que le interesa es la voluntad del Padre, y realizar la obra que el Padre le encomendó, que es la salvación de los hombres. Y de esa voluntad nada ni nadie le podrá apartar. Por eso, no cede a la tentación de un mesianismo fácil, triunfalista, tal como le propone el demonio y como le sugiere el mismo Pedro<sup>3</sup>.

Cristo es de verdad realista. No se pierde nunca en abstracciones. Sus palabras son sencillas, directas, incisivas y, al mismo tiempo, tan profundas que a veces producen vértigo. Nunca se terminan de comprender, y se convierten para la conciencia humana en un permanente y vigoroso revulsivo interior, capaz de conmover los cimientos mismos de la persona y de la sociedad. Son como esos rostros que nunca se terminan de mirar, y que cada vez invitan a viajar hacia nuevas y mayores profundidades.

Jesús no desprecia nada. Lo ama todo, y ama a todos y a cada uno con amor personal e inconfundible. Pero no se deja sobornar ni subyugar por nada ni por nadie. Tiene y mantiene siempre una plena y absoluta libertad interior y exterior.

Sólo el encuentro personal con Jesús es capaz de transformar a alguien por dentro, desde su misma urdimbre y desde sus más profundas raíces. (Y justamente los Ejercicios Espirituales son una especie de 'estrategia' para provocar este 'encuentro personal'. Un encuentro personal ¿no lo olvidemos nunca? que el mismo Jesús suscita por medio del Espíritu, y en el que nuestra acción propia consiste o debe consistir en dejarnos encontrar por él, ya que es él quien de verdad nos sale al encuentro, y tratar de conocerle, consintiendo activamente en su acción transformadora).

"Jesucristo, ha escrito en síntesis P. Van Imschoot, fue una personalidad extraordinariamente dotada, dinámico y sereno, asombrosamente atractivo y subyugador. No puede haber duda alguna sobre su equilibrio consumado, su sentido común, lo penetrante de su inteligencia y lo profundo de su piedad. Y, sin embargo, hay en su vida acciones y palabras que, si no fuera más que un hombre, frisarían en la locura y la blasfemia, y harían de él un enigma indescifrable, por mucho que él descuelle y se levante por encima del nivel medio de la humanidad"<sup>4</sup>.

Desconocemos muchos detalles y aspectos de la vida de Jesús. Ignoramos numerosos datos de su

historia. Pero conocemos perfectamente sus actitudes vitales y su verdadera pretensión. Su actitud vital fue vivir y desvivirse por el Reino, es decir, por Dios y por los hombres a la vez. Por eso, su existencia fue de verdad una proexistencia: Ser y existir para los otros. Vivió filialmente para el Padre (consagración, virginidad, sacrificio sacerdotal, obediencia, pobreza, oración...) y fraternalmente para los hermanos (donación de sí mismo, actitud permanente de servicio, anuncio del reino, signos y milagros en favor de los más necesitados...).

Jesús, modelo acabado de humildad y mansedumbre (cf Mt 11, 29), de equilibrio y sensatez, tuvo y manifestó unas pretensiones inauditas. Afirma ser superior a los más grandes personajes del antiguo testamento<sup>5</sup>. Se considera también superior a las grandes instituciones tradicionales<sup>6</sup>. Se atribuye el poder de perdonar los pecados, prerrogativa exclusiva de Dios<sup>7</sup>. Jamás insinúa un sentimiento de culpa o de arrepentimiento, porque se sabe libre de todo pecado<sup>8</sup>. Manifiesta una relación con el Padre de asombrosa intimidad, de comunión perfecta, de igualdad<sup>9</sup>. Se sabe 'plenipotenciario' de Dios, con todo poder en el cielo y en la tierra, capaz de dar la vida y de resucitar a los muertos, juez de todos, preexistente a la misma creación del mundo, con palabras que nunca pasarán<sup>10</sup>. Se atreve a decir de sí mismo lo que nadie jamás se atrevió a pensar o a decir, ni en el colmo de su locura: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14, 6). Puede exigir y exige la disponibilidad total, e incluso perderlo todo de hecho ¿los bienes materiales, los lazos humanos más sagrados, la integridad física y hasta la propia vida? para seguirle<sup>11</sup>.

Si Jesús no fuera más que un Hombre, estas pretensiones serían no sólo inauditas, sino blasfemas. Pero Jesús confirmó con sus obras y, sobre todo, en la resurrección toda la verdad de sus palabras y de su vida<sup>12</sup>.

Contemplar es fuente de conocimiento. Y el conocimiento es principio de amor. Y, a su vez, el amor es nueva fuente de nuevo conocimiento. "El conocimiento, decía San Gregorio de Nisa, se convierte en amor". Y San Gregorio Magno añadía: "Amor ipse notitia est, el amor mismo es conocimiento"<sup>13</sup>. Esta afirmación vale, sobre todo, cuando se trata de personas, o sea, de conocer y de amar a alguien. Y vale muy especialmente cuando se trata de Jesucristo. Conocer de verdad a Cristo es amarle. Y amarle es la mejor manera de conocerle de verdad. Podríamos hablar, parafraseando a San Ignacio, de 'contemplación para alcanzar conocimiento'; de 'conocimiento para alcanzar amor'; y de 'amor para alcanzar nuevo conocimiento'...

Cuando Jesús pide ¿exige? que sus seguidores le amen a él más que al padre y a la madre, a la mujer, a los hijos, a los hermanos e incluso más que a sí mismos, advierte claramente que perderlo todo ¿la integridad física y hasta la propia vida? por él es la suprema manera, la única manera, de ganarlo todo para siempre. Es una auténtica paradoja y parece casi un contrasentido; pero es una gran verdad<sup>14</sup>. Porque es cierto ¿aunque no resulte evidente a primera vista? que nunca existe verdadero conflicto entre el amor verdadero a Cristo y el verdadero amor a sí mismo y a los demás. (Habría que subrayar las tres veces el adjetivo verdadero). Y que el auténtico amor a Cristo y el amor auténtico a nosotros mismos (también habría que subrayar ahora las dos veces el adjetivo auténtico) coinciden exactamente, hasta identificarse, pues no son propiamente dos amores, sino uno solo.

Cristo es nuestro mayor 'Bien', nuestro 'Bien' absoluto y pleno, nuestra verdadera 'identidad'. Y es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. El es, para cada uno, su mejor 'Yo', su 'Yo' más profundo, que

no suplanta sino que afirma y confirma la propia personalidad.

Hay que recordar que somos 'nosotros mismos' en la medida en que nos parecemos a Jesús y reproducimos en nosotros su imagen: en la misma medida en que 'vamos siendo él', hasta conseguir su plena madurez y que él esté plenamente formado en nosotros y sea él quien en nosotros viva<sup>15</sup>. Jesucristo es la Verdad, la Vida, el Amor, la Libertad, más aún, nuestra Verdad, nuestra Vida, nuestro Amor y nuestra Libertad. Por eso, amarle a él es amar lo mejor de nosotros mismos: nuestra verdadera 'identidad'; es amarnos verdaderamente a nosotros. En cambio, pretender amarnos, en contra de Jesús, es amar nuestra falsedad, nuestra mentira, nuestra muerte, nuestro egoísmo y nuestra esclavitud; y, en definitiva, no amarnos de verdad, porque es querer nuestro verdadero mal.

1. San Juan de la Cruz, Dichos de luz y amor, n. 156: en "Obras Completas", BAC, Madrid, 1982, 11ª ed., p. 54.
2. Cf Mt 12, 34; 16, 21; 17, 12; 20, 18-19; 23, 27.33; Lc 18, 31-33; Mc 10, 32-34; etc.
3. Cf Mt 4, 1-11; Mc 3, 32-33; etc.
4. P. Van Imschoot, Jesucristo, en "Diccionario de la Biblia", Barcelona, 1966, col. 970.
5. Cf Jn 8, 56-58; Lc 10, 24; 27, 44; Mt 12, 41-42; etc.
6. Cf Mt 12, 6.8; 5, 21-44; etc.
7. Cf Mt 9, 2-8; Mc 2, 1-12; Lc 5, 17-26; etc.
8. Cf Jn 8, 46; etc.
9. Cf Mt 11, 25; Lc 2, 49; 10, 21; Jn 5, 19; 9, 29; 10, 14; 15, 28; 16, 15; 17, 1.25; etc.
10. Cf Mt 28, 18; 24, 35; 25, 31-46; Mc 13, 31; Lc 21, 33; Jn 5, 22.26.27; 9, 39; 10, 18.28; 17, 2; etc.
11. Cf Mt 10, 37; Mc 8, 35; 9, 42-47; Lc 14, 26.33; etc.
12. Cf Jn 10, 37-38; 14, 10-12; 15, 24; etc.
13. San Gregorio Magno, Homil. 27 in Evangelium: ML, 76, 1207.
14. Cf Mt 10, 37; Mc 8, 35; 9, 42-47; Lc 14, 26.33; etc.
15. Cf Rom 8, 29; Gál 2, 20; Ef 4, 13; Filp 1, 21; etc. El Concilio Vaticano II recuerda que "quien sigue a Cristo, Hombre perfecto, él mismo se hace más hombre" (GS 41).

Severino María Alonso, cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/la-persona-y-la-personalidad-de-jesus](http://www.ciudadredonda.org/articulo/la-persona-y-la-personalidad-de-jesus)